

varias, principalmente la de la ciudad de Estrasburgo, fueron ásperamente negativas (1). Delfino aprovechó su estancia en dicha ciudad para negociaciones que tenían por fin atraer a algunos protestantes italianos que, como el conde Thiene, el doctor Massaria y Jerónimo Zanchi, habían hallado refugio en país extranjero. El nuncio tuvo también repetidas conferencias con Vergerio en Estrasburgo, Zabern y Schwarzach. Estas negociaciones no tuvieron resultado alguno. En parte no carecían de riesgo, como presto conocieron en Roma, pues Vergerio seguramente «no tuvo otro fin sino desahogar su ardiente odio contra el papado y forjar contra él nuevas armas de las eventuales ofertas para que volviera a la Iglesia» (2).

Desde Estrasburgo Delfino se dirigió por Friburgo al obispo de Constanza, que residía en Meersburgo, y al abad de Weingarten; ambos declararon que no podían ir a Trento por su ancianidad. El obispo de Merseburgo, que visitó a Delfino en Ulma a fines de mayo, hizo depender su resolución de la actitud del emperador. El concejo de Ulma no quiso separarse de los demás secuaces de la confesión de Augsburgo. Los de esta ciudad aseveraron que deseaban ciertamente con mucho anhelo el restablecimiento de la unidad religiosa, pero que a vista de su impotencia, no podían hacer más que expresar sus ardientes deseos de ello (3). Al contrario, la universidad de Ingolstadio prometió delegar embajadores a Trento, lo propio que el duque Alberto de Baviera, a cuya corte, Munich, Delfino llegó el 4 de junio. Este príncipe, refiere el nuncio a Roma desde allí el día 10, sobrepuja a todos los demás en celo por la conservación de la fe católica. Delfino trató también con Alberto de la desunión religiosa de los protestantes; y en sus conferencias llegaron al justo conocimiento de que la decisión definitiva de las controversias religiosas estaba, no en los teólogos, sino en los príncipes. Delfino repitió en esta ocasión lo que ya antes había hecho notar, que, en la desunión religiosa de los protestantes no se podía fundar ninguna esperanza demasiado

(1) La respuesta de Estrasburgo puede verse en Steinherz, I, 355 s. El breve a Estrasburgo, de 13 de diciembre de 1560, se halla en Raynald, 1560, n. 76; Le Plat, IV, 666 s.

(2) Juicio de Steinherz (I, 368), quien trata por menudo este asunto (I, 266 s., 277 s., 292 s., 294, 312, 320, 333 s., 345 s., 356 s., 367 s., 374 s., 394). Cf. también Hubert, 179 s. y Susta, I, 29, 39 s., 96 s.

(3) Cf. Steinherz, I, 370 s., 375 s. y Ehes, VIII, 218 s.

grande para la situación de la Iglesia católica en Alemania. Que ésta continuaba siendo por extremo peligrosa, y que, como quiera que fuese, se debían emplear todos los medios para mover a algunos de los protestantes a tomar parte en el concilio (1).

El resultado de la misión de Delfino no fué en total más satisfactorio que el de su colega Commendone. Es verdad que había recibido promesas de varios obispos, pero las ciudades imperiales protestantes no le habían dado sino respuestas negativas.

De semejante manera que en Alemania, también en Suiza los cantones protestantes se negaron a enviar embajadores al concilio con diversos pretextos. Los cinco cantones católicos, al contrario, a los cuales el obispo de Como, Juan Antonio Volpi, comunicó la bula del concilio, se mostraron dispuestos a hacerse representar en el sínodo por sus delegados. Presto se añadieron a estos cantones Friburgo, Soleure y Glaris (2).

### III

De importancia decisiva era la actitud del emperador respecto del concilio. Hosio le hizo las más enérgicas representaciones, pero al principio no logró obtener su asentimiento a la bula del concilio. Mas finalmente, a fines de enero de 1561, Fernando abandonó por lo menos su resistencia a la solemne publicación de la bula de indulgencias en Viena, con lo cual reconocía en principio el plan pontificio del concilio (3). Pero cuando el 13 de febrero de 1561 llegó la contestación de los príncipes protestantes reunidos en Naumburgo, el emperador se hizo aún más reservado que hasta entonces y tomó todavía más una actitud expectante. Inútilmente procuró Pío IV producir una mudanza con su condescendencia en el asunto de la visita de los monasterios, y enviando al gentilhombre de cámara Canobio con la espada y sombrero bendecido. Cuando Canobio y Hosio el 14 de enero trataron con Fernando sobre la aceptación de la bula, observó el emperador que por lo que a él tocaba, había asentido siempre,

(1) V. la relación a Borromeo, de 10 de junio de 1561, en Steinherz, I, 395 s.

(2) Cf. Mayer, I, 37 ss.; Reinhardt-Steffens, J. Fr. Bonhomini, Introducción, p. xxxii s.; Ehes, VIII, 265 s.

(3) Cf. Eder, I, 72 s.



pero quería que el concilio tuviera buen éxito y no se originara una guerra de su convocación; que ahora era su solicitud que los obispos católicos pudieran asistir al concilio sin temor; que intentaba prometer la paz a los príncipes protestantes, si ellos la prometían asimismo a los obispos que se encaminaran al concilio. Dos días después el emperador declaró a Hosio otra vez, que él mismo estaba por el concilio, pero no podía por lo pronto prometer la asistencia de los obispos; que por eso quería antes consultar todavía a los príncipes católicos del imperio. Hosio repuso que había peligro en la dilación, si los franceses, aburridos de esperar, celebraban un concilio nacional y seguían su camino propio en las cosas eclesiásticas, con lo cual se robustecería el poder de los protestantes. Sin embargo de esto, el emperador persistió en su opinión de que nada podía hacer antes de haberse aconsejado con los príncipes católicos, o por lo menos con los electores eclesiásticos (1). Los continuados esfuerzos de Hosio en los días siguientes no lograron mejor resultado, porque Fernando siempre alegaba de nuevo, que debía esperar la respuesta de los príncipes electores eclesiásticos (2).

Durante estas negociaciones, Francia pareció abandonar la resistencia a la bula del concilio. A principios de marzo el Consejo de Estado acordó la aceptación de la bula, lo cual se comunicó al nuncio Gualterio y al enviado extraordinario Lorenzo Lenzi, obispo de Fermo. En una nota oficial de 3 de marzo, que el abad Niquet debía llevar a Roma, se mantuvo, no obstante, como condición para la participación de Francia en el concilio, la aquiescencia de Fernando I y Felipe II (3).

Todavía antes que la noticia de esto llegara a Roma, Pío IV

(1) Cf. Steinherz, I, xcix, 215 s.; Eder, I, 73.

(2) V. Steinherz, I, 219 s.; *ibid.*, 221 s. hay la relación de Hosio a Borromeo, de 3 marzo de 1561, sobre la conferencia que tuvo con Fernando I el 2 de marzo. El último día de febrero de 1561 escribía Hosio a Commendone: \*Hic nihil est novi hoc tempore. Concilii causa nescio quomodo extrahitur longius. Caes. Maiestas non satis suam sententiam explicat ac prius etiam rem ad principes ecclesiasticos electores praesertim referri vult quam expresse declarat se in concilium consentire. Ego urgere non desino, quantumque periculi sit in mora positum inculco, sed non multum proficio. Quid sit futurum, Deus scit. El 11 de marzo refiere de nuevo a Commendone: \*Adhuc Caes. Maiestas deliberat in causa concilii et responsum a catholicis principibus ex Germania expectat. *Archivo Graziani de Città di Castello.*

(3) V. Susta, I, 170; Sickel, Concilio, 186, nota; Eder, I, 74; Ehses, VIII, 167.

había pasado a nombrar los legados del concilio. Con esto quería dar una prueba irrefutable de que tomaba en serio la celebración del sínodo. Ya a fines de junio de 1560 el Papa había manifestado su designio de nombrar legado del concilio a Morone (1). En octubre se decía en Roma que además de Morone, habían sido también escogidos Seripando y Gonzaga, para representar al Papa en el concilio. Contra Morone y Seripando trabajaba el embajador español Vargas (2). Morone a principios de diciembre rehusó formalmente el ofrecimiento pontificio (3). También se negó el cardenal Hércules Gonzaga, pero declaró el 6 de febrero su pronta disposición de ánimo cuando el Papa persistió en su voluntad (4). En vista de ello Pío IV, en un consistorio de 14 de febrero de 1561, le nombró a él y a Púteo legados del concilio (5). El 10 de marzo fueron elegidos otros tres legados de la serie de los cardenales nuevamente creados el 26 de febrero: Seripando, Hosio y Simonetta (6).

Los cardenales a quienes se confió la representación del Papa, eran apropiados de manera eminente para su elevado

(1) V. la relación de Vargas en Voss, 63.

(2) Cf. Döllinger, Documentos, I, 340 s., 346 s.; Susta, I, XLVIII s.

(3) V. Susta, I, XLVIII.

(4) V. *ibid.*, XLVIII-XLIX. En una \*relación de Fr. Tonina, de 1.º de enero de 1561, se dice: Da persona che mi dice haverlo da altro che gli disse haverlo del Papa esso vuole per ogni modi che mons. di Mantova sia il legato del concilio (las palabras de cursiva están en cifra). *Archivo Gonzaga de Mantua.* Cf. también la relación del embajador portugués, de 26 de enero de 1561, en el Corpo dipl. Portug., IX, 162 s.

(5) V. Massarelli, 351. Mula notificaba el 14 de febrero de 1561: \*Et ella [Sua S<sup>ta</sup>] si avviò verso Belvedere, dicendo che, se non m' aggravava il camminare, io la seguisse, e tal volta mi chiamava colla mano dicendo qualche parola e tra le altre che haveva fatto duoi legati per il concilio e domandando, che me ne pareva, laudai grandemente l' uno e l' altro. Ella soggiunse: Ne faremo tre altri, e se non ne havemo de' fatti cardinali che siano al proposito, gli faremo di nuovo, teologi e legisti che siano da bene, e se non bastaranno quelli, ne faremo degli altri e ci andremo ancora noi, quando conosceremo che sia bisogno. E dicendo io che l' impresa è grande e difficile e che bisogna che Sua Santità sia correttore degli errori del tempo passato, ella sospirando pregava Dio che lo potesse fare e che non mancheria di tutto quello che si sapesse immaginare e che tutti dovessero pregare Dio che l' aiutasse in questa difficilissima impresa. *Archivo secreto pontificio.*

(6) V. Massarelli en Merkle, II, 351. Cf. Bondono, 546; Seripandi Comment., 464; la carta del embajador portugués, de 14 de marzo de 1561, que se halla en el Corpo dipl. Portug., IX, 196 s.; la \*relación de Saraceni, de 14 y 18 de marzo de 1561, *Archivo público de Florencia.*



cargo (1). A su cabeza estaba como presidente del colegio de los legados, el cardenal de Mantua, *Hércules Gonzaga*, ornado con la púrpura ya por Clemente VII, personaje sobresaliente en muchos respectos, ilustre por sus grandes cualidades personales. Aunque su vehemente pretensión de la tiara arroja una sombra sobre su carácter, con todo el hijo de la célebre Isabel de Este se ha de considerar como un digno y capaz representante del Papa por efecto de su mucha experiencia de largos años, su vasto saber, su celo de la reforma, su posición de príncipe y su parentesco con el emperador.

Hércules Gonzaga era sobre todo diplomático, no teólogo docto. Lo que le faltaba en este respecto, lo poseían en grande medida los demás legados: Simonetta, Púteo, Seripando y Hosio. *Ludovico Simonetta*, descendiente de una familia milanesa de humanistas, ocupaba la posición más importante después de Gonzaga, aunque por no haber sido nombrado cardenal hasta el 26 de febrero de 1561, era, según la categoría, el último de los legados. Por ser excelente canonista, era el verdadero hombre de confianza de Pío IV, cuyos derechos defendió con ardiente celo y gran prudencia. Es significativo que, fuera del presidente, sólo Simonetta disponía de cifra para su correspondencia con Roma.

*Jacobo Púteo*, cardenal desde 1551, había prestado a la Iglesia importantes servicios bajo Julio III y Paulo IV. Lo propio que Simonetta, poseía profundos y extensos conocimientos en derecho canónico. Esto hacía a ambos muy a propósito para mantener los derechos de la Santa Sede contra las tendencias conciliares.

Por la ciencia teológica resplandecían de igual manera Hosio y Seripando; su carácter era tan diferente como su origen. *Jerónimo Seripando*, descendiente de una familia noble de Apulia, es acaso el varón más eminente de que por entonces podía gloriarse la Orden de los eremitas agustinianos. Paulo III, en 1538,

(1) Para lo que sigue cf. las excelentes explicaciones de Susta, I, XLIII s., LVI s. V. además Sickel, Relaciones, V, 65 s.; Sol, Il card. L. Simonetta, en el Arch. Rom., XXVI, 185 s.; Eder, I, 119 s.; Lauchert, 536 s. Sobre Seripando cf. nuestros datos del vol. XI, 436-438; XII, 201, 213, 275, 276, 346, 408, 570; sobre Púteo el vol. XIII, 172; vol. XIV, 57 s., 96, 226 s., 263 s., 303 s. El trabajo de Juan Drei: La politica di Pio IV e del card. E. Gonzaga 1559-60, que se halla en el Arch. d. Soc. Rom., t. XL, desgraciadamente no me ha sido aún accesible.

había nombrado prior general a este italiano del sur, muy notable como predicador, teólogo, ciceroniano, helenista y sobre todo como amigo de la reforma católica. Como tal, Seripando trabajó con encendido celo por reformar de una manera radical la Orden de los ermitaños de S. Agustín, y purificarla de los elementos luteranos que se habían introducido en ella en muchas partes. Durante el primer período del concilio de Trento, Seripando desempeñó un papel eminente. Su intervención dió lugar a las detenidas deliberaciones sobre la doctrina de la justificación, en las cuales fué luego desechada la teoría conciliadora defendida por él, bien intencionada, pero equivocada. Desde este tiempo Seripando se atrajo la desconfianza del partido rigurosamente conservador, dirigido por Carafa. Hostilidades de esta parte, así como un permanente estado enfermizo, fueron las causas de que en 1551 renunciara al generalato de su Orden y a tomar parte en las deliberaciones del concilio, de nuevo abierto por Julio III, a fin de vivir para sus estudios en Nápoles. Su nombramiento de arzobispo de Salerno, en 1554, le hizo posible vivir lejos de Roma en su diócesis durante el pontificado de Paulo IV, que le era adverso. El nuevo Papa se acordó pronto del fino y comedido sabio, le llamó a Roma y le admitió en el sacro colegio el 26 de febrero de 1561.

Asimismo amante de las ciencias, aunque de índole enteramente diversa, era *Estanislao Hosio*, obispo de Ermeland. Como adalid de los obispos de su patria, Polonia, contra la invasión del protestantismo, había prestado ya eminentes servicios a la restauración católica, en varias dietas y con su vigoroso escrito *Confesión de la fe católica*, cuando Pío IV le nombró nuncio cerca de Fernando I. Su carácter enérgico y a veces áspero, así como su índole pesada, le hicieron con todo muy poco a propósito para las negociaciones diplomáticas. A pesar de esto Pío IV honró sus merecimientos y doctrina llamándole al senado supremo de la Iglesia, en la gran promoción de febrero de 1561.

La bula de nombramiento para los cinco legados del concilio está fechada el 10 de marzo de 1561 (1). La posición especial que Hércules Gonzaga había de ocupar como presidente del colegio de los legados, no se menciona en ella; pero halló suficiente expre-

(1) Se halla en Raynald, 1561, n. 2; Le Plat, IV, 697 s.; Ehses, VIII, 176 Cf. Massarelli en Merkle, II, 353; Theiner, I, 666; Sickel, Concilio, 184.



sión en la constante preferencia que se le dió por la Santa Sede (1).

En el nombramiento efectuado ya en enero, de los funcionarios del concilio, Pío IV echó mano muchas veces de los elementos que habían trabajado con buen éxito ya bajo Paulo III y Julio III. Fué nombrado comisario Juan Tomás Sanfelice, obispo de La Cava. El 26 de enero de 1561 partió de Roma y llegó a Trento el 24 de febrero (2). El cargo importante de secretario del concilio fué confiado de nuevo a Angel Massarelli, obispo de Telese; su nombramiento se hizo el 2 de febrero. Salió de Roma el 11 de marzo y arribó a Trento el 26 (3).

Los legados Seripando y Simonetta, que estaban en Roma, recibieron la cruz de legado en un consistorio secreto de 17 de marzo (4). En el mismo consistorio exhortó el Papa a todos los obispos a que se dirigieran a Trento (5). Al cardenal Hércules Gonzaga se le envió la bula de nombramiento el 22 de marzo, con indicación de que emprendiera en seguida el viaje a Trento (6). A Hosio comunicó el cardenal Borromeo a 15 de marzo la noticia

(1) V. Susta, I, 4. Aquí también se habla de la secretaría privada de Gonzaga, que vino a ser el verdadero despacho presidencial de toda la legación. En un principio Púteo debía ser primer presidente; sólo después que cayó gravemente enfermo, ocupó Gonzaga el primer lugar. En las actas siempre es designado con precisión, según el orden de la bula de nombramiento, Gonzaga como primer presidente, Seripando como segundo, Hosio como tercero y Simonetta como cuarto.

(2) V. Massarelli en Merkle, II, 350; Bondono, 546; Theiner, I, 666 s.; Pallavicini, 15, 11, 2; Sickel, Relaciones, I, 21. Cf. el \*Avviso di Roma de 25 de enero de 1561, Urb., 1039, p. 244, *Biblioteca Vatic.* El 5 de marzo de 1561 fué nombrado Antonio Manelli depositario del s. concilio Tridentino; su \*Libro delle spese del s. concilio di Trento se conserva en la *Bibl. Vallicelliana*, L. 40; v. Calenzio, Docum. sul concilio di Trento, Roma, 1874, XII s., y Susta, I, 53 s.; *ibid.*, 27 s. se habla sobre los fondos ocultos que había además y eran administrados por el presidente Hércules Gonzaga. Cf. también Cerasoli en el Arch. stor. Ital., 5.<sup>a</sup> serie, VIII, 289 s.

(3) V. Massarelli, 351, 353; Bondono, 547; Sickel, Relaciones, I, 21; Susta, I, 6.

(4) Púteo entonces estaba postrado en cama. Cf. Bondono, 547; Theiner, I, 667. Según una \*relación de Fr. Tonina, de 22 de marzo de 1561, Seripando recibió mil escudos para el viaje a Trento. *Archivo Gonzaga de Mantua*.

(5) \*Relación de Tonina, de 19 de marzo de 1561, *Archivo Gonzaga de Mantua*. Pallavicini, 15, 11, 2.

(6) Dejósele con todo libre al cardenal, a ruegos suyos, pasar los días de Pascua en Maguzzano. Breve de Pío IV, de 22 de marzo de 1561, publicado por Susta, I, 1 s.

de su nombramiento de legado, lo propio que el encargo de hacer todo lo posible para decidir al emperador a que mandara embajadores al concilio, y de partirse luego sin dilación a Trento (1). El 21 de marzo Pío IV concedió una indulgencia plenaria para aquellos que, después de haber recibido los sacramentos, asistieran a la entrada de los legados y rogasen por el buen éxito del concilio (2). El 26 de marzo Seripando se puso en camino para Trento; tuvo antes una larga conferencia con el Papa (3).

Fernando I, en sus negociaciones con Hosio, del 18 y 19 de marzo, había salido al paso a las instancias de éste a que se decidiera, con el reproche de que el Papa tenía la culpa de la dilación, porque todavía no le había contestado a su pregunta sobre lo que pensaba hacer en vista de la respuesta de los príncipes protestantes congregados en Naumburgo. Con todo, el emperador estaba ya enterado de los intentos del Papa, por una carta de Arco, llegada el 18 de marzo. Pío IV había respondido al embajador cuando éste le entregó las actas de Naumburgo, que como el concilio estaba convocado para Pascua, debía enviar legados a Trento; que no obstante, éstos no celebrarían al pronto ninguna sesión con los obispos allí presentes; que el Papa aguardaría la resolución de los príncipes católicos de Alemania. A pesar de esto, Fernando, cuando Hosio le instó de nuevo el 30 de marzo a que designara embajadores, alegó todavía que esperaba la decisión del Papa. Evidentemente esto era un mero pretexto con que quería ocultar su irresolución (4).

Entre tanto, para la aceptación de la bula del concilio había grandes dificultades aun en España. Los teólogos de esta nación ponían reparos en que se hubiera eludido la cuestión de si el concilio era nuevo o continuación del anterior, y pedían que se declarase muy expresamente lo último (5). Los obispos españoles daban mucha importancia a esta cuestión, porque querían que se conservara el decreto conciliar relativo a la subordinación de

(1) Steinherz, I, 226 s.; *ibid.*, 233 hay una carta de 23 de marzo de 1561, en que se le reiteraba la orden de partir, tan pronto como hubiese declarado el emperador que quería enviar embajadores al concilio.

(2) V. Raynald, 1561, n. 4; Le Plat, IV, 698 s.

(3) V. Massarelli, 353; Seripandi Comment., 464.

(4) Cf. Steinherz, I, *cr.* s., 228 s., 235 s.

(5) Cf. Döllinger, Documentos, I, 348, y Colección de docum. inéd., IX, 97.



los cabildos catedrales (1). Felipe II dió tanto más oído a las representaciones de los teólogos, cuanto las relaciones del rey con el Papa estaban tirantes desde fines de 1560; el gabinete español no quería dejar escapar la ocasión favorable de hacer fuerza a Pío IV (2).

Después que Felipe II, durante el mes de febrero, había evitado dar una contestación resuelta, declaró finalmente el 12 de marzo al nuncio, que se había decidido a no aceptar en seguida la bula, y a no enviar todavía a sus preladados, sino aguardar cómo se desenvolverían las cosas en Alemania y Francia, y entre tanto proponer al Papa sus deseos de una modificación de la bula (3). Para este fin, en marzo fué enviado a Roma don Juan de Ayala. Llevaba el encargo de exigir de Pío IV la declaración explícita de que, por la bula de 29 de noviembre de 1560, no se convocaba un concilio nuevo, sino la continuación del tridentino, como el rey lo había presupuesto siempre en todas las negociaciones (4). Ayala llegó a Roma el 16 de abril de 1561 y tuvo al día siguiente una conferencia con el Papa (5).

Como la presencia de obispos españoles en el concilio estaba excluida antes de una inteligencia con Felipe II, y con esto se había hecho necesaria una dilación del comienzo del sínodo, Hosio, el 16 de abril, recibió la nueva orden de no instar más al emperador a que mandara en seguida embajadores a Trento, sino sólo rogarle que los tuviera dispuestos para hacerlos partir tan pronto como los obispos españoles hubiesen salido para Trento (6). De las ulteriores negociaciones fué encargado Canobio, el cual fué enviado de nuevo a Viena el 16 de abril, con una instrucción semejante (7). Al mismo tiempo Hosio debía comunicar al emperador que el Papa, para acceder a sus deseos, estaba dispuesto a dirigirse al concilio con todo el colegio cardenalicio, luego que le pareciera conveniente y necesario. Pero que como

(1) V. Sickel, Concilio, 185, 189, 209 s.

(2) Cf. Reimann, Negociaciones, 619 s.; Susta, I, 15 s., 172.

(3) Döllinger, I, 355 s.

(4) V. la Instrucción secreta a D. J. de Ayala, de 13 de marzo de 1561, en Döllinger, I, 358 s.; cf. Colección de docum. inéd., IX, 94.

(5) V. el \*Avviso di Roma, de 18 de abril de 1561, Urb., 1039, p. 268, *Biblioteca Vatic.* Cf. Cal. of State Papers, Foreign, 1561-1562, 64; Susta, I, 16.

(6) Borromeo a Hosio, en Steinherz, I, 243 s. Cf. la carta de Borromeo a Hérc. Gonzaga, en Susta, I, 14.

(7) V. Steinherz, I, civ s., 251 s.

esto previamente no era posible, proponíale que, después de comenzadas las negociaciones del concilio, el Papa estableciera su residencia en Bolonia y el emperador en Innsbruck para estar más cerca del sínodo y prestarle su ayuda. Canobio entregó al emperador esta propuesta por escrito. En su respuesta de 6 de mayo, Fernando I hizo referencia a sus esfuerzos con los protestantes, y declaró que nada había omitido de lo que le competía a él como emperador en este asunto, y había ya designado embajadores para el concilio; que los enviaría a Trento lo antes posible. Para el caso de que el Papa fuera a Trento, prometió él dirigirse, no sólo a Innsbruck, sino también asimismo a Trento. Con esto había Fernando expresado la aceptación de la bula del concilio. La incansable elocuencia de Hosio había contribuído decisivamente a que el emperador venciese sus reparos y accediera a mandar embajadores (1). Animado el nuncio por el buen éxito obtenido, el 8 y 18 de mayo demandó aún más, es a saber, que Fernando enviara desde luego un embajador a Trento. Pero el emperador no se avino a ello; aseguró no obstante que sus representantes comparecerían en Trento los primeros, pero sólo cuando las demás potencias hubieran dado a sus embajadores la orden de partir (2). En esta actitud fué confirmado el emperador por una relación de Arco, llegada el 25 de mayo, la cual le comunicaba el deseo del Papa de que procediera de esta manera, sin cuidarse de los apremios de Hosio (3).

Canobio manifestó también al emperador, que el Papa se había resuelto a hacer llegar asimismo la bula del concilio junto con un breve (de 13 de abril de 1561), además del rey de Polonia. al zar de Rusia Iván Wassiljewitsch, a la manera que sus predecesores habían invitado a los emperadores griegos para los concilios universales. Fernando estuvo de acuerdo con esta misión; Hosio determinó que Canobio la emprendiese. Cuando Canobio llegó a la corte del rey de Polonia, Segismundo Augusto, éste se declaró, es verdad, dispuesto a favorecer el concilio, pero no quiso

(1) Cf. Sickel, Concilio, 191 s., 194 s.; Steinherz, I, civ, 252; Ehses, VIII, 200, 204 s.

(2) V. Steinherz, I, civ, 249, 254 s.

(3) V. Steinherz, I, civ s. Sobre las razones del Papa cf. la relación del embajador portugués, de 2 de mayo de 1561, en el Corpo dipl. Portug., IX, 236 s.